

EDITORIAL

En la primera mitad del siglo pasado se presentaron en Imbabura trabajos inspirados en los modos de vida cotidiana de los habitantes, estas obras están marcadas por la intención no solo de conocer las formas de vivir y revalorizarlas sino de responder a las preguntas sobre la identidad de las personas y de los pueblos. El método monográfico sirvió para contar, en resumen, la historia de los pueblos, y en el biográfico estructuró el ideal de vida de las personas. Mas, sobresale -y esto a pesar de las ideologías de los autores- un género literario que recoge, entre cuentos y fábulas, la etnografía de cada sitio.

Algo se ha escrito sobre la línea “terriqena” o “telúrica” (la relación del hombre con la tierra) seguida por los autores –sobre todo otavaleños-, rasgo que podría caracterizar el trabajo realizado, pero cabe indagar la dependencia de su pensamiento a las escuelas europeas y norteamericanas -filón por estudiar- igualmente, en los inicios de las colecciones y de los estudios de Arqueología. En efecto, es necesario establecer la teoría que sustenta las obras, pues sin esta podrían ser mal-

entendidas, ya sea por encuadrarlas en marcos teóricos diversos al que pertenecen o por minusvalorar su aporte y su calidad científica.

Más complejo es, sin duda, el trabajo de los autores posteriores, que tiene como centro nuestro Instituto –pionero en el Ecuador en los estudios de las Ciencias Sociales en Antropología Cultural- y punto de encuentro de investigadores -estudiantes y profesores- europeos y norteamericanos, de escuelas diversas en sus concepciones teóricas. La filiación del pensamiento de los autores vinculados al IOA no tiene un punto común, provisto por un instrumento conceptual particular y propio, sino más bien depende de la preparación académica de cada uno como centro en proyectos de investigación, que mantienen una fortísima radicalidad en la recolección de información, interpretación y presentación ordenada de la misma.

Las problemáticas y las crisis de las Ciencias Sociales, en particular de la Antropología Cultural, no afectaron de lleno al IOA pues, al no haberse adentrado a nivel institucional en la teorización de los fundamentos del estudio, no concentraron institucionalmente a favor o en contra de una u otra tendencias en debate.

El trabajo antropológico contante, en la recopilación de la información y su respetiva sistematización, de algunos autores del IOA, se alinea más a la corriente desarrollada por José María Arguedas (1911-1969), que a encontrar una formulación teórica en la innovativa propuesta de Cleeford Geertz (1926-2006), quien a partir del conocimiento de las concepciones, y las limitaciones, clásicas del concepto cultura -Matthew Arnold (1822-1888) y Edward Tylor (1832-1917)- y en base a los modelos culturales propuestos de Ruth Benedict (1887-1948), reformula tal concepto ligándolo irrenunciablemente al trabajo de campo, radicándolo y especificándolo en la etnografía. El aporte geertziano ubica a la labor del IOA en el sendero de la antropología “interpretativa”, en donde se responde a la pregunta sobre qué es el hombre.

Además de estar conscientes que tal respuesta no puede ser desligada de cada una de las identidades, y una vez purificados los conceptos de los rasgos etnocentris-

tas con las cuales nació el estudio de las culturas, proponemos adentrarnos en las respuestas que nuestras culturas han propuesto y proponen a los grandes entramados latentes en cada momento de la humanidad.

El panorama de las investigaciones demuestra que el tema de la cultura, especialmente en el ámbito teórico, no debe ser olvidado o trasegado. La cuestión tiene actualidad latente en todos los campos de los saberes y ciencias y los estudiosos tienen la tarea notoria de liberar el concepto de cultura y las mismas disciplinas de los prejuicios infiltrados desde los orígenes de las ciencias antropológicas, prejuicios que condicionaron el desarrollo de las ciencias. Esa especie de exorcismo debe identificar a cada uno de los demonios, llamarlos por su nombre (racismo, etnocentrismo, ignorancia, intereses de varios tipos...) y expulsarlo, sobre todo para construir un saber racional que sirva para edificar y reedificar en función de lo humano.

Las Ciencias Sociales, como la Filosofía, no pueden emplazar sus conclusiones con rango de definitivo, como lo hacen —si lo hacen— las matemáticas; siempre deben retornar y retomar los temas, profundizarlos para ganar comprensión de los mismos, pues no se puede olvidar la característica espacio-temporal de los seres humanos.

El valioso aporte a la Antropología —la ciencia del hombre— realizado por Arquedas y otros autores en tierras americanas, provoca el retornar a las grandes interrogantes de la existencia humana, que no se debe buscar en grupos aislados y minúsculos —primitivos (retrasados en la evolución y en el desarrollo), custodios de un saber arcano o “naturalmente bueno” no contaminados por la “civilización”, o sujetos constreñidos por los poderes (de las armas, de la religión, de la economía, de los sistemas de producción, de las clases sociales. . .) — sino con la capacidad para percibir e interpretar las fuerzas que animan la existencia cotidiana de los hombres en cualquier circunstancia, en Wall Street o en un barrio de Zuleta.

La cultura es el mundo de significados que envuelve a los seres humanos, configura su percepción y establece un sentido de la existencia (visión de la vida) y un sentido de las cosas (cosmovisión). Este mundo se encuentra detrás de las acciones que realiza el ser humano; encontrarlo es trabajo de la Antropología.